



15 de Mayo de 1914

Año IV.—Núm. 74

SUMARIO

¿Se hace ó no la Federación?, por *Francisco Barduena*.—La «colcha» y el río Itunama, por *Cyro Bayo*.—La sociedad «Los Quince».—En defensa de los pájaros (continuación).—A tenazón.—Las hordas: Cazadores furtivos, por *T. Alvarez Angulo*.—Tiro de pichón.—Noticias.—Sentencias dictadas por el Tribunal Supremo de Justicia en materia de Caza.

(No se devuelven los originales.)

¿SE HACE Ó NO LA FEDERACIÓN?

¡Vengan, vengan esas delegaciones de ustedes! Así dice un prestigioso y entusiasta compañero de provincias, y así gritaría yo en letras de molde si tuviese el don de poderlas dar sonido.

¡Cuánta discusión! ¡Cuántas palabras vanas! Pero, compañeros cazadores y pescadores, ¿por qué dudáis? ¿Por qué vaciláis? No dejéis pasar el tiempo en balde; hay que unirnos pronto, en seguida; ¿no veis que es forzosa la unión, porque ella es la fuerza, y en este caso nuestro la fuerza es hacer cumplir la ley rigurosamente, y ello hará que la caza y la pesca abunden, que los dañadores desaparezcan, y con ello llegaremos también al ideal de todo aficionado?

No os dais cuenta de lo hermoso que sería una unión nacional de todos los cazadores de España; pues si esto llega á realizarse, traería consigo el acotamiento de todos los terrenos acotables; ello traería consigo también la organización de un verdadero ejército de guardas jurados; ¡y cuánto no ganaría el agricultor con esto!, pues tendrían quien les guardase sus flucas, y nosotros quien nos guardase la

caza, y los pescadores quienes les cuidase de que individuos poco aprensivos usasen de malas artes y descastasen la pesca.

Ya sé que habrá muchos que estén leyendo esto y dirán con sonrisita burlona: «No está mal lo que dice éste; pero ¿y con qué dinero se hace esto? Y yo, figurándomelo, les contesto: «Con muy poco, con muy poquísimo dinero relativamente»; y como prueba de ello someto á la consideración de todos los lectores lo expuesto en el número 73 de esta revista por la Asociación Nacional Española de Cazadores, Pescadores y Agricultores de Medina de Rioseco: estudiar todos con afán sobre esa base, que es muy lógica y práctica, mejorarla si mejorar se puede, ampliarla en todo lo que sea conveniente para el fin que se persigue, y, en una palabra, laboremos todos con urgencia para un mismo fin; y si así lo hacemos, os aseguro que el año 1915 será el comienzo de la regeneración cinegética.

Quisiera tener la capacidad mental suficiente para trasladar al papel todas las ideas que en revuelto montón acuden á mi mente; quisiera desarrollarlas con exactitud para llegar al ánimo de los apáticos, de los indiferentes y de los maliciosos, para que abandonasen su apatía, su indiferencia y su prevención, y para que viesen con claridad que la unión de to-

dos los que poco ó mucho sienten el entusiasmo del *sport* cinegético es necesaria, si no queremos que llegue el día que tengamos las escopetas como adorno de casa, ó las vendamos como hierro viejo.

Con la unión se evitarían muchos la vergüenza de tener que mentir, diciendo que lo que cazaron se lo comieron en el campo ó que lo regalaron, y otros y no pocos, comprarla (*con la escopeta al brazo*) para que no digan que salieron de caza y no cazaron nada.

¡Qué cuentas más insignificantes tendríamos que pagar á nuestras respectivas delegaciones en comparación con lo que hoy se paga por poder ir á un terreno que *dicen* que hay caza! Todo se evitaría con la unión, pues por una pequeña cuota social, iríamos á cazar á los terrenos que la Federación tuviese arrendados.

En fin, no quiero cansar á los que tengan la paciencia de llegar hasta el final de esta *perolata*; pero tampoco quiero terminar sin emplazar antes para que rompan vigorosos una lanza á favor de la Federación Nacional de Cazadores y Pescadores, á los entusiastas y muy estimados compañeros Celestino Tejado, Darío Álvarez Limeses y Ramiro Molina, que hace tiempo (mucho para el que con gran deleite ha leído siempre sus escritos) no dicen *esta mano es mía*.

No quisiera terminar sin recordar que en este mes hace un año se celebró el Primer Congreso de Cazadores; allí tomó cuerpo la idea de que era de imprescindible necesidad la unión nacional de todos los cazadores, pero un cuerpo sin alma hace falta dársela.

Nunca se borrará de mi mente el entusiasmo que todos sentían; pero lo que me ha quedado como recuerdo imperecedero es la figura del bizarro Teniente Coronel D. Manuel Muñoz Medina, Delegado de la Asociación de Sevilla; seguramente que cuantos le trataron lo recordarán con el mismo agrado que yo; pues no es posible olvidar á quien personificaba la simpatía, á quien, sobreponiéndose al reciente dolor por la pérdida de su hijo, muerto gloriosamente en el campo de batalla, no dudó en aceptar la representación de sus compañeros de Sevilla, para laborar por el bien común de todos los cazadores; hombres como el Sr. Muñoz Medina merecen ser admirados.

Como nota final me voy á permitir citar á la Sociedad Protectora de la Caza de Algeciras, modelo, así, modelo de las Sociedades, única comparable, á mi juicio, con la Asociación de Medina de Rioseco. Ruego á la Sociedad Protectora de la Caza de Algeciras ex-

ponga en esta revista su organización, y hasta le suplico á su digno, entusiasta y activo Presidente D. Ramón Oliveros, nos diga por medio de las columnas de CAZA Y PESCA los ingresos que tienen para atender, como lo hacen, al sostenimiento de guardas jurados, acotamiento de terreno, domicilio social y publicación por medio de edictos de las épocas de veda ó levantamiento de ella; así se convencerán muchos de que no se hacen milagros, sino que todo es debido á una buena organización y á una magnífica y bien entendida marcha administrativa.

Lector, si has tenido la paciencia de llegar hasta aquí, perdóname: te prometo no reincidir.

FRANCISCO BARDUENA



LA "COLCHA," Y EL RIO ITUNAMA ⁽¹⁾

De la laguna Itumana fluye el río de este nombre, serpenteando por las llanuras de Mojos, en cuyo distrito estamos ya.

El Itunama, no obstante ser mucho más ancho que el San Miguel, sigue con el engorro de palizadas que dificultan la navegación. El agua, mansa por lo bajo de las orillas, y limpia, pero de color oscuro, como procedente de la gran masa líquida que ha ido filtrándose al través de los pantanos, corre por entre una doble hilera de tacuarales y chañares, bifurcándose repetidas veces al tropezar con islotes poblados de palmeras.

Numerosas zancudas y palmípedas, batos, flamencos y gaviotas de río remontan el vuelo al ruido de nuestros remos, alborotando los ecos de la cañada. Los monos, con sus erías á cuestras, hacen volatines en los árboles; cruzan los aires tucanes y bandadas de parabas tricolores, y cuelgan de las ramas,

(1) Del libro *El peregrino en Indias*.

casi al alcance de la mano, nidos de garzas y de tojos, colmenas y hormigueros.

¡Gloria in excelsis! El paisaje rebosa de vida y, sobre todo, de novedad. Es la cita de los huéspedes de la laguna y del monte; es el sitio al que acuden en busca de expansión y sustento ante los misterios de la laguna que atrás queda y como visión gigantesca se dilata en medio del gigantesco arbolado que le circunda. El penacho de las palmeras, la esbeltez de las tacuaras ó bambúes, el elegante abanico de los chuchíos, el perfil de las zancudas, todo esto evoca el recuerdo de un paisaje japonés, tal como le pintan en las cajas de te y en las mesas de laca.

Ahora vemos por primera vez un pez enorme que pasa junto al batelón resoplando insolentemente y arfando por mitad del río. Es el bufeo (*Inea boliviensis*), que algunos llaman delfín del río. Pesa de 180 á 200 kilos; su boca es como la del esturión, de labio superior hocicado, con dientes muy finos. Su carne es poca y hedionda, pero de ella se extrae aceite para el alumbrado. Se le encuentra en el Madera y en todos los tributarios del Amazonas que no estén obstruidos por cachuelas ó rompientes; así abunda en el Mamoré, en el Itenes é Itunama, y no se le ve en los más caudalosos Bení y Madre de Dios. El ojo del bufeo, según los indios de Oriente, sirve de amuleto para hacerse querer de las mujeres. Coloso de estos ríos, se alimenta de los peces menores y ahuyenta los caimanes con sus bufidos y escaramuzas.

Así como el bufeo, retozan también en el agua nutrias y capiguaras.

La nutria de por aquí es el castor *huidobrus* de los naturalistas. En guaraní le llaman *quiyá*. La nutria americana difiere de la europea, asemejándose más al castor, si bien no tiene la industria de este animal. Cabeza chata, hocico romo terminado por fuertes barbas, orejas cortas y redondas, patas aplanadas con cuatro dedos unidos por una membrana, como las palmípedas; cola escamosa, larga, cónica y bastante rala; tales son los rasgos más pronunciados de este roedor anfibio.

La capiguara es el *carpincho* de la Argentina. Se asemeja al puerco en la abundancia de su tocino y en el sabor de su carne, en lo grueso del cuerpo y en lo cerdoso de su pelo pardo, que cubre un vellón más corto y fino. La cabeza, pequeña, es parecida á la del conejo, aunque con el hocico más romo. Las piernas de delante las tiene más cortas que

las traseras; éstas con tres dedos, aquéllas con cuatro, y los siete dedos con uñas anchas y obtusas. Anda mucho por el agua, donde nada y se zambulle, sacando con frecuencia la cabeza para respirar. Vive junto á las orillas, porque corriendo mal á causa de su excesiva crasitud y de sus cortas piernas, no halla más salvación sino precipitándose en el río cuando se ve perseguida.

La capiguara es estimada por su carne, como la nutria por su piel.

De los huéspedes volátiles del Itunama, los más interesantes son el tojo y el margullón.

El tojo del Oriente (*Cassinus cristatus*) parece ser el mismo pájaro que en Cuba y México llaman *sinsonete*, *tencia* en Chile, *calandria* en el Plata, *gulingo* en Colombia, *rabinero* y *mochilero* en otras partes. No es gran cantor, pero remeda las tonadas que oye. De las dos especies de tojos, la más pequeña es la que por este talento imitativo se llama *burlón*. Viene á ser la «abubilla de Salomón» de los cuentos árabes, que diz hablaba en todas las lenguas.

Lo más notable del tojo es la manera como construye su nido, en figura de botella ó redoma, tejido de espinas del aramo y de las acacias espinosas, y que pone colgante de las ramas de los árboles mediante una hebra, de tal modo que siempre está oscilando á merced del aire. Este nido lo ponen con preferencia al lado de los hormigueros y colmenas fluviales, de cuyos huéspedes se alimentan, particularidad arquitectónica que ha valido al pájaro el nombre inglés de *hang-nest*.

Estos nidos-botellas, acorazados de espinas, se balancean á docenas sobre los ríos y á tan poca altura del agua, que el viajero puede ver la entrada y salida del pájaro del nido. Lo cual hace deslizándose por el cuello de la redoma, formada de algodón de mapajo, fino y lustroso como la seda. Los tojos viven en sociedad, de suerte que sus nidos forman verdaderos falansterios. Inmediatas á ellos se ven las campanas boca abajo de los petos ó abejas meleras, dípteros más pequeños que las abejas domésticas, de las que se diferencian además por carecer del vello que tanto afea á estas últimas. Sus *tapas*, como llaman aquí á las colmenas, tienen en su base un orificio tan pequeño, que únicamente pueden entrar las huéspedes de una en una.

Los guarayos afirman que los tojos hacen sociedad con estas abejas, las cuales defienden el nido contra otros pájaros en la corta ausencia de aquéllos; pero ello no se compa-

gina con la golosa inclinación del tojo hacia sus aliadas.

Más curioso todavía es el *margullón* de los cruceños, ó *macá* guaraní. Es ave palmípeda de la familia de los pelícanos. Parece un pato y no lo es, pues si bien tiene la facultad de nadar y zambullirse como él, su pico es puntiagudo como una bayoneta. El macá es todo nn, surtido de sorpresas. Es un pato con pies de garza, ojos de topo, cuello de cisne y alas de pájaro bobo, cuya actitud recuerda al andar torpemente en seco. Nada más rico que su plumaje, verdadero vestido de gala cuando en él se refleja un rayo de sol, que se quiebra en cambiantes metálicos en el pescuezo de terciopelo y pecho de plata del macá.

Para cazarlo se necesita una canoa ligera, una fuerte dosis de paciencia y una escopeta de gran alcance, de las que los ingleses llaman *choke-bred* y sirven para el tiro de paloma. Muy superior al hombre, que nace inexperto, el *margullón* nace con la idea exacta de las distancias y del tiempo. Arisco, todo le inquieta; hay que ver con qué precisión se mantiene fuera del alcance de la escopeta común y con qué soltura se sumerge así que el cazador apoya el dedo en el disparador.

Pero el cazador se empeña en su mortífera tarea; asoma el infeliz macá, aquél lo acecha agazapado á proa de la canoa, listo para un nuevo disparo, tan pronto como asome la cabeza el ave. Pero no asoma. ¿Por qué no sale en la línea recta que parecía su derrotero cuando desapareció? De repente el astuto macá reaparece, pero á popa y á distancia respetable, volviendo á sumergirse por precaución. Hay que volver atrás, hasta que por sorpresa y engañado por una táctica más sabia que la suya, sale el palmípedo en condiciones favorables para el cazador. Ahí va. Apunten... ¡Fuego! ¡Ay del pobre macá! Su cabeza se inclinó y quedó debajo del agua; su vientre de nieve flota al aire, mientras sus patas, en forma de trébol de cuatro hojas, se agitan convulsivas, y sus alas, latiendo con los últimos estertores de la agonía, imprimen al cuerpo el movimiento de un vaporecito de ruedas.

La carne del macá no es comestible; despiende un olorcillo parecido al del aceite de bacalao; pero sirve la grasa, que tiene á veces el espesor de tres centímetros. Derretida al baño de maría, es de gran poder curativo para nnturas antirreumáticas, según dicen; lo que sí sé á ciencia cierta es que untando con esta grasa las botas con que el cazador se mete en

los bañados, á las dos veces se ponen tan impermeables como si fueran de goma.

Al hacerse la autopsia del macá se ponen de manifiesto el talento y la previsión del animal. Como se alimenta de peces armados y se los traga ilesos, para que sus víctimas no le lastimen con sus serruchos se arranca y engulle antes de almorzárselos una cantidad de plumas muy finas, que le sirven para forrar su estómago. En tal colchón deposita sus huéspedes, de los que va dando cuenta de uno en uno. Adornado con sus plumas, se emplea el cuero del macá para cuellos, manguitos y gorros femeninos. ¡Único consuelo para los manes del difunto: sus despojos sirven para engalanar la hermosura!...

Con este rato de charla llegamos á la junta del Itunama con el Huacaraje, que viene del Sudoeste. Próxima á la junta está la cachuela de Sararate, casi siempre cubierta por las aguas, pero que conviene sortear. Esta cachuela, formada de piedra tosca, es paralela á la que, doce leguas á la derecha, corta el río Blanco de Baures, y á la otra, situada frente á la fortaleza brasileña del Príncipe Beira, en el Itenes. Las tres constituyen las avanzadas de las formidables y tristemente célebres cachuelas del Mamoré y Madera, con las que nos hemos de encontrar.

Remontando el pequeño Huacaraje, se encuentra á las tres leguas el puerto de su nombre, ligado á Concepción de Baures por tres calzadas, por entre bosques y pampas inundadas en una extensión de nueve leguas. La *Calzada de los jesuitas*, como la llaman, está en completo abandono y casi inservible en la estación lluviosa, que es cuando más falta hace.

Nuestro batelón deja á un lado el Huacaraje y sigue por el Itunama. Aquí el ánimo se alegra con la vista de tal cual estancia y del ganado vacuno que pasta las gramíneas de la orilla. Estas estancias se fundan en los barrancos para librarse de las inundaciones periódicas de las aguas fluviales que fertilizan los ardientes llanos de Mojos.

Es tanta la fuerza vegetativa de estas riberras, que materialmente se ven crecer las plantas. Basta cortar un *patujú* ó platanillo de agua y examinarle después de algunas horas de vivac, para notar que el corte se cicatrizó, alargándose el tallo por los bordes.

La prueba más evidente de esta verdad es la que suministran los viajeros para librarse de los archimolestos zancudos: el incendio de la pradera, admirable espectáculo por la lu-

cha del fuego con el agua. Arde con tal fuerza y tanta prontitud, mayormente cuando sopla aire recio, que apenas hay tiempo para salvarse del incendio. El aire se oscurece con la densa humareda; miles de detonaciones se producen al contacto del fuego con el agua ó al reventar las cañas y los bejucos; chispas, lenguas de fuego y cenizas brotan de aquel horno encendido, y como apoteosis final, perfilándose en el incendio, como animales fantásticos de los antros antediluvianos, erguidos y sibilantes viborones y culebras que quieren salvar el círculo de fuego y ganar el río. Á creer á los guarayos, únicamente la *cobra* ó *cascabel* no huye de la quema y se deja asar estúpidamente.

Ardió la pradera; una que otra paja brava quedó ileso; el pajonal es una sábana de cenizas; pues bien: así que el viento la barre, asoma de nuevo un manto de verdura, fresco y tupido. De ahí que los naturales del país apelen al incendio de la pradera, allá en la estación seca, para renovar los pastizales donde echar el ganado.

CIRO BAYO



LA SOCIEDAD "LOS QUINCE,"

Un concurso original.

La simpática Sociedad «Los Quince», de la que forman parte la flor y nata de los tiradores á pistola, orgullo de nuestra patria y cu-

yos nombres debieran esculpirse en bronce y mármoles con letras de oro, celebró un concurso en la finca del gran escultor D. Mariano Benlliure.

Presenciaron la prueba los socios de la primera agrupación Sres. Conde de Romanones y Fernando Jardón, fundador de la Sociedad.

Para disputarse el codiciado premio, el retrato en relieve del vencedor, modelado por los mágicos palillos de Benlliure, entraron en liza los Sres. Conde del Serrallo, Ministro de la Guerra; los coroneles Valdés y Martín de la Ferte, Perico Carbonel, Lorenzo Fresneda, D. Santiago Alba, el capitán Mitó, los Duques de las Torres y de Tovar, los Marqueses de Portazgo y Cabriñana, D. Carlos Padrós, Presidente de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España; D. Luis Laredo y D. Jacinto Soler. Juez de campo, Mariano Benlliure, y el Jurado lo formaban el Ministro argentino Dr. Avellaneda; D. Fermín Canello, Senador, y el agregado militar de la Argentina, coronel Baigorria.

Resultó vencedor el Duque de las Torres, y Mariano Benlliure ha comenzado á modelar el medallón, que llevará en una orla la firma de todos los vencidos.

En esta *season* de tiro han de disputarse otros premios brindados por el Ministro de la Guerra, el Duque de Tovar y los Sres. Jardón, Fresneda y Soler, además del campeonato del año.

En la casa del magnífico escultor se ha visto que la Asociación de «Los Quince» está en forma y pronto podrá lanzar un reto á los tiradores de otros países.





En defensa de los pájaros

(Continuación.)

Es indudable además que en algunos casos se pueden obtener buenos resultados importando ejemplares de especies que existen ó han existido en el país.

* *

El Inspector general federal de Montes de Suiza, M. Coaz, ordenó recientemente (en 1911) á los agentes forestales que ejerciesen vigilancia, no sólo sobre los trabajos de repoblación y explotación de montes, sino también sobre las aves, á tenor de los siguientes preceptos:

1.º Evitar en cuanto sea posible las cortas á matarrasa, cuidar del subsuelo de los montes, bien entendido que esto no será inconveniente, desde el punto de vista de la economía forestal, para la regeneración natural de los repoblados.

2.º Reservar matorrales en las proximidades de los cursos de las aguas y en sitios tranquilos y abrigados, para mantenerlos en estado virgen sin ninguna intervención cultural. Estos son los sitios que los pájaros buscan con preferencia como refugio y para hacer sus nidos.

3.º Conservar los setos vivos que separan los campos, en estado tan compacto y apretado como sea posible, y cuidar particularmente los zarzales. Del mismo modo, y en tanto que el forestal pueda ejercer su vigilancia, deberá cuidar de que estos zarzales crezcan y se conserven en los taludes de los caminos, en los sitios donde el suelo es poco productivo, etc., por ser sitios propicios para que los pájaros hagan sus nidos. Si existen superficies extensas (praderas, campos, viñedos) sin árboles ni zarzales, cuidará y plantará peque-

ños grupos muy densos de arbustos, como lugares propicios para anidar, siendo entre ellos los preferidos las *thuyas* y el *chamacyparis*; las especies para este uso deberán escogerse entre las que tengan frutos que sirvan de alimento á los pájaros.

4.º Mantener esparcidos por doquier árboles viejos (robles, encinas, sauces), para los pájaros que en ellos hagan su nido con preferencia.

5.º Evitar en la medida posible que se practiquen clavos en los setos jóvenes, durante la época en que los pájaros útiles anidan en general, es decir, de mediados de Abril á mediados de Julio.

* *

Un ornitólogo alemán, Eduardo Baldamus, y un naturalista húngaro, J. Salomón de Petyi, toda vez que las leyes protectoras que tenían en sus respectivos países resultaban insuficientes, se preocuparon en 1845 de dar al problema de la protección á las aves útiles carácter internacional.

Años después, en 1868, los agricultores alemanes, á causa de los grandes daños sufridos en sus plantaciones, daños que atribuían á la falta de pájaros, solicitaron de los Gobiernos de Austria y de Hungría que tomasen oficialmente la iniciativa de la celebración de un convenio entre todos los Estados interesados. Tuvieron que pasar algunos años más y, debido principalmente á los esfuerzos del Príncipe heredero de Austria, Rodolfo de Habsbourg, del Barón H. de Berlepsch, propietario agrícola y ornitólogo alemán, de M. Otto Herman, naturalista húngaro, de M. E. de Miklós y otras personalidades, así como la del Gobierno francés, dieron por resultado una conferencia internacional, reunida en París

en Junio de 1895, y más tarde la Convención internacional que fué firmada en París el 19 de Marzo de 1902 por los plenipotenciarios de doce Estados europeos. Esta Convención tiene fuerza de ley en los Estados firmantes desde 1906.

Lo damos íntegramente á continuación:

«*Convenio para la protección de los pájaros útiles á la agricultura*», firmado en París el 19 de Marzo de 1902, ratificado el 6 de Diciembre de 1905, y concertado entre diferentes naciones de Europa.

(Estado): S. M. el Rey de *España*; S. M. el Emperador de *Alemania*, Rey de Prusia, en nombre del Imperio alemán; S. M. el Emperador de *Austria*, Rey de Bohemia, etc., y Rey Apostólico de Hungría, en nombre también de S. A. el Príncipe de Lichtenstein; S. M. el Rey de los *belgas*; el Presidente de la *República francesa*; S. M. el Rey de los *helenos*; S. A. R. el Gran Duque de *Luxemburgo*; S. A. Serenísima el Príncipe de *Mónaco*; S. M. el Rey de *Portugal* y de los Algarbes; S. M. el Rey de *Suecia* y de *Noruega*, en nombre de Suecia, y el Consejo Federal *Suizo*, reconociendo la oportunidad de una acción común en los diversos países para la conservación de los pájaros útiles á la agricultura, han resuelto concertar un Convenio á este fin y han nombrado sus plenipotenciarios...

Los cuales, después de haberse comunicado sus plenos poderes, hallándolos en buena y debida forma, han convenido lo siguiente:

Artículo 1.º Los pájaros útiles á la agricultura, especialmente los insectívoros, y más especialmente aún los pájaros enumerados en la lista núm. 1, adjunta al presente Convenio, la cual será susceptible de adiciones, según la legislación de cada país, disfrutará de una protección absoluta; de suerte que esté prohibido matarlos en todo tiempo y de cualquier manera que sea destruir los nidos, huevos y crías.

Entretanto que se consiga este resultado, en todas partes y totalmente, las Altas Partes Contratantes se obligan á tomar las disposiciones necesarias para asegurar la ejecución de las medidas expresadas en los siguientes artículos, ó á proponerlas en sus legislaciones respectivas.

Art. 2.º Se prohibirá coger los nidos ó los huevos y capturar y destruir las crías en todo tiempo, y cualesquiera que sean los medios empleados para ello.

La importación y el tránsito, el transporte,

la oferta, la venta y compra de dichos nidos, huevos y crías, estarán prohibidos.

No se comprenderá en esta prohibición la destrucción por el propietario, usufructuario ó sus mandatarios, de los nidos que los pájaros hagan en las casas ó en los edificios en general y en los patios. Podrán, además, ser derogadas, por excepción, las disposiciones del presente artículo, en cuanto concierne á los huevos del avefría y de la gaviota.

Art. 3.º Se prohibirá la colocación y empleo de trampas (cepos), *jaulas*, redes, lazos, liga y cualquier otro medio, cuyo objeto sea facilitar la captura y destrucción de los pájaros en cantidades grandes.

Art. 4.º En el caso de que á las Altas Partes Contratantes no les sea posible aplicar inmediatamente en toda su integridad las disposiciones prohibitivas del artículo precedente, podrán introducir en ellas las atenuaciones que se juzguen necesarias; pero dichas Altas Partes Contratantes se obligan á restringir el uso de métodos, aparatos y medios de captura y destrucción; de manera que se lleven poco á poco á la práctica las medidas de protección mencionadas en el art. 3.º

Art. 5.º Además de las prohibiciones generales formuladas en el art. 3.º, quedará prohibido capturar ó matar, desde el 1.º de Marzo al 15 de Setiembre de cada año, los pájaros útiles enumerados en la Lista núm. 1, aneja al Convenio.

Se prohibirá, asimismo, la venta y la oferta durante dicho periodo.

Las Altas Partes Contratantes se obligan, dentro de lo que la legislación les permita, á prohibir la importación y tránsito de los expresados pájaros y su transporte, desde el 1.º de Marzo al 15 de Setiembre.

La duración de la veda, prevista en el presente artículo, podrá, sin embargo, modificarse en los países setentrionales.

Art. 6.º Las autoridades competentes podrán acordar, por excepción, á los propietarios ó arrendatarios de viñedos, huertos, jardines, almácigos, campos plantados ó sembrados, así como á los agentes encargados de su vigilancia; el derecho temporal de tirar con arma de fuego á los pájaros cuya presencia sea perjudicial y cause verdaderamente daños.

Quedará, sin embargo, prohibido poner á la venta y vender los pájaros matados en tales condiciones.

Art. 7.º Las autoridades competentes podrán admitir excepciones á lo dispuesto en este Convenio, por motivos de interés cientí-

fico ó de repoblación, según el caso, y tomando todas las precauciones necesarias para evitar los abusos.

Podrá también permitirse, con la misma condición de tomar precauciones, la captura, venta y apresamiento de pájaros destinados á ser enjaulados. Los permisos deberán concederse por las autoridades competentes.

Art. 8.º Las disposiciones del presente Convenio no serán aplicables á las aves de corral ni á las aves de caza que existan en los caza-deros reservados y designados como tales por la legislación del país.

En ningún otro lugar se autorizará la destrucción de las aves de caza más que por medio de armas de fuego y en las épocas fijadas en la ley.

Se invita á los Estados contratantes á impedir la venta, transporte y tránsito de las aves cuya caza esté prohibida en su territorio durante la época de la veda.

Art. 9.º Cada una de las Partes Contratantes podrá establecer excepciones á lo dispuesto en el presente Convenio:

1.º Para los pájaros que, según la legislación del país, pueden matarse, por ser perjudiciales á la caza ó á la pesca.

2.º Para los pájaros que la legislación del país haya designado como dañinos á la agricultura local.

Á falta de una lista oficial redactada por la legislación del país, el número 2.º del presente artículo se aplicará á los pájaros incluidos en la lista número 2, aneja al presente Convenio.

Art. 10. Las Altas Partes Contratantes tomarán las medidas conducentes á poner su legislación de acuerdo con las disposiciones del presente Convenio, en el término de tres años, que se contarán desde el día en que éste se firme.

Art. 11. Las Altas Partes Contratantes se comunicarán por medio del Gobierno francés las leyes y resoluciones administrativas que existan ya dictadas ó que se dictaren en sus Estados, relativas al fin que persigue el presente Convenio.

(Continuará.)



Es verdaderamente extraño y alarmante lo que se nos denuncia respecto á un Presidente de una ampulosa Sociedad de provincias, cuyo título no damos á la voracidad de nuestros lectores para que no se ceban en ella.

Dicen *que se dice* que el referido Presidente caza con HURÓN en campo libre y con licencia que aparece expedida en el Gobierno civil de aquella provincia el día 20 de Diciembre de 1913.

Si esto hace el Presidente ¿qué harán los socios?

Queridos amigos, ¿y ustedes son los fomentadores de la caza? Con compañeritos como ustedes no se puede ir ni á la gloria; ¡y tantos entusiasmos como pregonaron en el último Congreso!

..

Se cuentan muchas y muy sabrosas cosas sobre la reforma de la ley de Caza; nosotros, por nuestra parte, nada queremos decir respecto al particular, pero desde luego afirmamos que la nueva ley negará el legítimo derecho de cazar, hasta el extremo de anular por completo aquel principio tan discutido en las columnas de CAZA Y PESCA de que la caza es *res nullius*.

Los conejos y las liebres están equiparados á las patatas y á las algarrobas, pertenecen al propietario, dueño y señor del suelo y de cuanto en él se sustenta ó se detiene, aunque no sea más que por mero accidente.

Esperemos en los Cuerpos Colegisladores que con más sentido jurídico y práctico *desfacerán* agravios y *enderezarán* entuertos.

Ya se arriendan los ríos en virtud de eso que llaman ley de Pesca, y aun saliéndose de sus preceptos escritos, próximamente no se podrá cazar en parte alguna; los cazadores y los pescadores nos dedicaremos en lo sucesivo

á la contemplación de la Naturaleza desde lo alto de un cerro ó á orillas de un río, si es que se nos permite *asentar* las posaderas en alguna parte.



LAS HORDAS

CAZADORES FURTIVOS

Una noche en el monte del Pardo.

Por delante de donde nosotros estábamos agazapados cruzaron los guardas á la carrera.

Estaba ese sitio casi limpio de choperas y les era dado galopar sin tropiezos.

Yo contuve la respiración como si ésta fuera á llegar, con el barullo por ellos producido, hasta sus finos oídos.

El andaluz continuaba sin dar señales de vida, lo que me tenía impaciente y emocionado.

—¿Le habrán matado?—pensaba.

Lo mismo ocurría con los perros, el manco y el ayudante, que aún no había saltado la tapia.

Habíanse esfumado todos y allá me encontraba yo solo, quizás con un muerto al lado.

Trascurrieron algunos minutos, que se me antojaron horas, y cuando se perdió, allá á lo lejos, el ruido que en su desenfrenada carrera producían los guardas, me apresuré á respirar fuertemente.

—Ya han pasado y no hay «cudiao»—dijo de repente el andaluz, incorporándose bruscamente y proporcionándome un nuevo susto, de mayor magnitud que el que acababa de experimentar.

—¡Hombre de Dios, le creía á usted muerto! ¿Está usted herido?—musité quedamente.

—No, por «zuerte»—repuso.—¡Que ha «hablo mico»!

—Miedo por usted. ¿Y por qué no hablaba? Yo le contaba con los difuntos.

—Si hablamos algo nos cazan, y excuso «de-

sirle»... No sabe usted el oído tan fino que tienen.

—Bien, ¿y cómo han disparado? ¿Ha sido á nosotros?

—Seguramente estaban en acecho en el paso que hay cerca de la caseta del Palomero y han «sentío» el «ruío» ó han «distingüio» los bullos al saltar. Porque ven más que escuchan, ¡y «cudiao» si oyen!

—Y los otros, ¿dónde están?

—El *Chaval*, abí fuera «agazapao», seguramente; el otro y los perros, ya los encontraremos; pero vamos pronto de aquí, que, al no encontrarnos, nos darán un nuevo ojeo.

El andaluz siseó nuevamente, y á poco apareció el *Chaval* ayudante por encima de la tapia.

Atravesamos rápidamente la vereda por donde habían desfilado los guardas, y nos internamos en la espesura del monte.

El andaluz iba al frente; después le seguía yo y á mi espalda caminaba el *Chaval*.

Un negro nubarrón ocultaba la luna, lo que motivaba la oscuridad imponente, que impedía ver á cierta distancia.

—No es buen camino éste, ¿eh?—dijo á media voz el que iba de guía.

—En efecto, estas ramas enlazadas impiden el paso.

—Y rasgan la ropa...

—Haciendo que uno se rompa el alma—agregó el *Chaval*, que acababa de lanzarse violentamente sobre mí á causa de habérsele trabado los pies entre la enramada.

Subimos por un repecho, algo pronunciado. Nuestros pies se escurrían, y teníamos que agarrarnos á las matas para ayudarnos en la ascensión, produciéndonos pinchazos y rasguños en las manos.

—Creía que no llegaban ustedes—dijo el manco, que al otro lado nos esperaba con los perros.

—Ahora vamos «pa bajo». Hay que «dir» con «cudiao» por cerca de la caseta de Trozas. Allí suelen estar también los guardas.

—¿Pero hay tantos?...

—¡Ya lo creo! Más de veinte, y, además, los civiles, que pasan de esa «cantidad».

—¿Aquí dentro?

—«Zí, zeñor», en el monte. Pero conocemos los puestos.

—Sí, menos cuando se aparecen tras un chaparro con la escopeta enfilada—dijo el manco.

—Hoy viene el viento de cara y nos avisan los perros, que los huelen más que «ascape».

La pendiente por el otro lado de la loma era enorme. Gracias á que el terreno estaba blando á causa de las lluvias de los pasados días, y podíamos hacer resistencia; de otro

—¡Bah! Yo ya estoy acostumbrado—repitió el manco.

Por fin, y no sin grandes apuros, salvamos aquel paso tan accidentado y continuamos la



Preparativos de la caza furtiva.

modo habríamos rodado violentamente por entre aquella maleza punzante.

Llegamos á una ladera. Allá, en lo alto de otra loma, blanqueaba la caseta de Trozas.

—Silencio—balbuceó el andaluz.

Durante media hora caminamos sin pronunciar palabra.

Pasamos por la Zarzuela y el Palermo y volvimos á subir á otra loma.

—Esto es el cerro Pelón—dijo el andaluz, interrumpiendo el silencio.—«Cudiso» al pasar por aquí, que si se escurren los pies se va al fondo de la barranca.

—Por aquí me deslicé yo la otra noche—dijo el manco.

—¿Es ésta la barranca de Balpalomero?

—La misma.

—Pues sí que se las trae... Tiene más de cincuenta metros de altura.

—Y eso que no ve usted el fondo. Está que mete «mieo».

Fué menester que formáramos una cadena para pasar al borde de aquel abismo; yo no me determinaba á pasar solo.

—Amigos; si alguno nos caemos por aquí, me parece que lo vamos á contar al otro barrio.

marcha, subiendo y bajando lomas de igual manera y con las mismas dificultades.

Los perros husmeaban delante de nosotros.

—Pero, bueno; ¿y la caza?—preguntamos con alguna impaciencia, cansados de caminar.

—Ya llegará, ya llegará. Es que por las bocas que hemos pasado no había «ná»—me contestó el andaluz.

—¿Conocen ustedes los sitios donde se encuentran las madrigueras?

—Con los ojos «cerreos». ¿Quiere usted que le llevemos á una?

Á los pocos instantes estábamos delante de una, grandísima.

—Ahí la tiene usted; pero está vacía—dijo el manco.—El último día que vine saqué de ella más de quince.

—¿Y no vuelven á ella los conejos?

—«Zí, zeñor», en cuanto se va el olor que deja el bicho.

—¿Y cuánto dura?

—Cuatro ó seis días.

Los perros permanecían indiferentes allí.

—¡Ve usted! Es que no hay «ná», cuando éstos están tan quietos...

Continuamos la marcha. Á poco los perros

empezaron á rebullirse y cruzar de un lado á otro, dando muestras de gran impaciencia.

—Aquí hay algo—exclamó el andaluz.—Vamos con los perros.

Al pie de un chaparro veíase una boca, ante la cual escarbaban los animales.

—Chaval, prepara los chismes.

Sacó éste de su zurrón los capillos, y fué poniéndolos por los caños que había alrededor de la boca principal, hasta el número de quince.

—Hay boca que tiene más de treinta caños, y no se cubren todos; los perros esperan la salida de los conejos—dijo uno de ellos.

—¿Son muy profundas las guaridas?

—Algunas tienen dos y tres pisos, y una profundidad de tres metros.

Clavaron el pincho en el suelo.

El manco sacó el hurón.

—¿Está bien atado?—interrogó el andaluz.

—Sí—repuso aquél, examinando las correítas y la cuerda que cruzaban las patas delanteras y el cuello del «bicho» en forma de bridas.

En la oscuridad de la noche brillaban los

que se introdujo rápidamente, mientras aquél daba cuerda.

Los perros husmeaban por entre las bocas, siguiendo paso á paso la marcha interna del hurón.

—El olfato de éstos es como los rayos X—dijo.

—¿Y que lo diga usted! Ahora van siguiendo con el olfato el rastro del bicho y de los conejos.

Unos cinco minutos habrían trascurrido cuando vimos abalanzarse á uno de los perros sobre un caño cubierto con el capillo, entre el que se había enredado un gazapillo, que pugnaba en vano por desasirse de aquella traba. El perro le dió dos sacudidas y fué á entregársele muerto al andaluz.

Á poco saltó un conejo enorme, y luego otro y otro, hasta treinta. Muchos los llevaban vivos los perros; el andaluz les retorció suavemente el pescuezo, y pasaban á hacer compañía á los otros.

—Ya no debe haber más aquí—dijo el andaluz.

En aquel momento saltó por un caño al ca-



[El Manco metiendo el hurón en una boca.

ojillos de aquel animal alargado, con cuerpo de liebre y cabecilla semejante á la de las ratas.

El manco le puso delante de la boca, en la

pillo otro conejo, que se deslizó por el monte en carrera desenfrenada. Los perros dieron un brinco y arrearón tras él como alma que lleva el diablo.

—Ese se les escapa—argüí yo.

—¡Quíá, no, señor! En cuanto pierda la «ve-rea» le trincan.

En efecto, á poco llegaron los perros, trayéndole vivo aún.

—Ea, vamos ya. Tira del bicho.

El manco empezó á tirar muy suavemente.

—«Cudiao», no le rompas una pata.

El hurón apareció, por fin, reculando y trayendo una presa de un gazapillo en los dientes afilados. Se hicieron unos «atados» con los conejos, y continuamos hacia otras bocas.

—Vamos á «echar» un cigarro—díjeles;—creo que bien lo merece.

—No ha «sío» mala la boca, pero no se «pué» fumar. Yo sí fumo, pero es metiendo la cabeza junto á una boca y tapando con la gorra.

La lumbre es «mu escandalosa» de noche; se «paee» á la sangre.

—En efecto—díjeles,— me acuerdo que en Cuba mataron los mambises á un compañero que estaba de centinela cerca de mí una noche, en plena manigua, al reflejo del cigarrillo.

—Vamos á la carretera, y allí podemos descansar un rato—interrumpió el manco, guardándose el bicho.

Por el camino observó el andaluz las huellas de venados y gamos.

—Á ver si se nos da alguno esta noche—dijo.

—Eso sí que es interesante — agregó el Chaval.

—Pues hay que buscarlos—agregué yo.

—Á ver, ¿qué hora es?

—Cualquiera ve con esta nochecita.

—Traiga «p'acá» el «reló». Pasan de las dos.

—Bueno, pues no hay que descuidarse, porque á las tres tenemos que encontrarnos con Serrano, el operador de Alfonso, que irá á unirse con nosotros frente á la fuente de los Tunos.

Por cerca de la Chopera llegamos á la carretera del Pardo. Escondieron la caza y los bártulos entre la maleza, y nos sentamos tranquilamente.

—¿Ha visto usted lo que es esto?

—Ya yo sé; bien expuestos están ustedes.

—¡Bah! Lo que usted ha visto no es nada. Si viera usted cuando le cogen á uno... Á veces nos atan á la cola de los caballos—dijo el Chaval.

—Á mí me quisieron colgar de una encina—agregó el manco.

—Hay guardas muy malos—replicó el an-

daluz.—Ya ve usted, está mandado que lleven tercerola, y se descuelgan con escopetas de dos cañones.

—¡Ya lo creo! El Galgo, el hijo del tío Isidro, fué...

—Y luego son ellos los que más cazan.

—Bien se ve á sus mujeres todas las mañanas en los merenderos. ¿Qué llevan en las grandes cestas, si no?

Á poco sentimos el ruido de un automóvil, que venía de Madrid á gran velocidad. Al llegar junto á nosotros descendió Serrano, con los bártulos.

—Espere un momento, que vamos á dar un ojeo.

Serrano quedó en el automóvil. Nosotros nos internamos en el monte.

De repente fué interrumpido el silencio por un barullo entre la hojarasca.

—Ya están ahí otra vez los guardas—pensé.

Los perros se lanzaron á la carrera hacia el lugar aquél.

—¡Es un gamo, un gamo!—exclamó con alegría el manco.

Todos corrieron, y yo traté de seguirlos. Los perros perseguían al animalito, que huía amedrentado.

Se entabló una lucha titánica.

Por fin fué alcanzado por los perros, que se abalanzaron á su cuello. El bicho continuó su marcha y se arrojó al río, arrastrando tras sí á los perros.

—¡Al agua, al agua!—gritó uno.

Y los tres cazadores, vestidos como estaban, se internaron en el río, que por aquella parte llevaba agua hasta cubrirles la cintura.

Allí ayudaron á los perros, metiendo en los ijares su cuchillo de monte.

Después arrastraron hasta la orilla al gamo y le partieron en trozos.

Más tarde fuimos ante otra boca, y mientras se hacían los preparativos, Serrano dió el fogonazo, y rápidamente huimos hacia la carretera. El resplandor y el ruido atraería seguramente á los guardas. Se puso la caza en lugar seguro, y carretera adelante marchamos como si nada hubiera ocurrido.

—¡Rediez, qué frío hace!—exclamé, apretándome el cuello de la pelliza.

—Si hubiera «usté estao» dentro del río podía hablar—exclamó el andaluz.

De madrugada ya nos topamos con un guarda, apenas habíamos vuelto á entrar en el monte.

—¿Dónde se va por ahí?—nos preguntó.

—Á casa.

—¿No saben que está prohibido?
Yo le expuse el objeto de nuestra excursión.
—Sí, está bien; pero para eso se necesita tarjeta.
—¡Hombre, si la hubiéramos traído no tendríamos atractivos! Anoche saltamos la tapia...
—¡Ah! ¿Son ustedes los de anoche?
—Sí, señor; los de anoche.
—Ya los vi saltar y por eso disparé al aire.
¡Eh, al aire!
—Gracias, Damián — dijo el andaluz al guarda.
Este nos invitó á que saliéramos, para evitarle un compromiso.
—Este es buena persona — dijo el manco después de que nos despedimos.
—¡Ah! Si fuéramos nosotros solos los que vivimos de la caza; pero Colmenar y todos los pueblos de alrededor viven también de lo mismo.
Camino del pueblo vimos á un pobre hombre que iba conducido á prisión y llevaba un atado de leña.
—Le llevan preso — dijo el manco, al observar nuestra extrañeza.
—¿Por esa leña?
—Sí, señor; por esa leña que le habrá costado muchos trabajos «pa» tres cochinos reales que le iban á dar por ella.
Y el andaluz, filosóficamente, exclamó:
—No «zé» por qué nos persiguen por «ezo»; lo que cria el campo es como un maná que envía Dios del cielo para que nada falte á los pobres. Eso es de nosotros, que buen trabajo nos cuesta ganarlo, y no de los ricachos, que sólo les sirve para recreo. Sí, señor; es un maná que Dios envía para los pobres, para los pobres...

T. ALVAREZ ANGULO

TIRO DE PICHON

Han comenzado las tiradas de la Sociedad de Madrid en el Tiro de Pichón de la Casa de Campo, á la que concurren famosas escopetas de Sevilla, Huelva, Barcelona, Jerez, Valencia, Biarritz y Alicante.

Para disputarse el premio de SS. MM. los Reyes tomaron parte 67 tiradores, dando el siguiente resultado:

Primera vuelta, 21 ceros; segunda, 11 ceros; tercera, 3 ceros; cuarta, 8 ceros; quinta, 6 ceros; sexta, 2 ceros; séptima, 4 ceros; octava, 1 cero, y novena, otro cero.

S. M. el Rey, que había tirado con su acostumbrada destreza y á enorme distancia, salió á la séptima vuelta, y á la décima vuelta quedaron solos D. José Bures, D. Juan Bruguera y el Sr. Lanzarote, quienes concertaron dividir el importe de las entradas, que ascendía á 5.025 pesetas, y continuar luchando.

Por fin, el Sr. Bruguera salió triunfante en el pájaro 20.

El premio para las señoras lo ganó el señor Cufat, de Valencia.

El premio de la Reina D.^a María Gristina dió el siguiente resultado:

Primera vuelta, 13 ceros; segunda, 8; tercera, 5; cuarta, 7; quinta, 4; sexta, 4; séptima, 3, y octava, 1. Al tirar el noveno pichón no quedaron en *poule* más que los Sres. Gal, de Barcelona; Marqués de Argüeso y Bermejillo, ambos de Madrid, concertando dividir las 3.700 pesetas que importaban las entradas.

El premio lo ganó el Sr. Bermejillo.

Disputaron el premio de S. A. la Infanta D.^a Isabel S. M. el Rey y 51 tiradores más.

Ganó el premio el Sr. Ortueta, y se repartieron con él el importe de las entradas, que ascendió á 3.060 pesetas, D. Luis Angulo y el Sr. Arriezaga.

Después se tiró el premio para las señoras, y ganó el Marqués de Ferrera, que tiraba por la Condesa de Fuenteblanca.

Presenció la tirada la Infanta Isabel.

Con 47 tiradores inscritos comenzó á tirarse el premio del Infante D. Carlos, en una *poule* á siete pichones, á distancia proporcional y con 60 pesetas de entrada.

La marcha de la tirada fué la siguiente:

Primera vuelta, 9 ceros; segunda, 13; tercera, 5; cuarta, 8; quinta, 6; sexta, ninguno, y séptima, 1.

Quedaron con 7 buenos los Sres. Conde de Maceda, Marqués de la Scala, Antonio Garay, José Tejero y Luis Angulo, y excluidos los 42 restantes.

Quedó la victoria por el Conde de Maceda, Presidente de la Sociedad, que fué ruidosamente aclamado.

El Marqués de Nájera ganó el premio extraordinario, que después se jugó, y del premio que entregó á la señorita de Vadillo, por quien tiró en el ofrecido á las señoras.

Se verificó después la importante tirada del Campeonato de España.

Despertaba esta lucha, como siempre, extraordinario interés, no solamente por la importancia del premio, sino por el entusiasmo que en todos los tiradores producía el deseo de conquistar el campeonato.

S. M. el Rey tomó parte en la lucha.

Al comenzar la interesante fiesta deportiva, se verificó la acostumbrada subasta y rifa de escopetas. La que alcanzó mayor precio fué la del Sr. Burés, que subió á 1.375 pesetas; luego la de S. M. el Rey, que se pagó en 1.125; las de Tarancón, Clemente Camino y Carlos Angulo subieron cada una á 525, y la de Manuel Camino á 325.

El Rey adquirió la escopeta del Sr. Castillo Olivares.

Cumpliendo las condiciones del campeonato, se tiraron siete pichones. La lucha fué muy interesante. Al terminar, sólo quedaron sin cero los Sres. D. Manuel Pidal, Burés, D. Alfredo Pérez, Castillo Olivares y D. Federico Luque.

Después se disputaron tres premios para señoras, ganando el primero el Conde de los Villares, que mató sin errar cinco pichones y tiraba por la Srta. de Landecho; el segundo, S. M. el Rey, que mató cinco de seis y tiraba por la Sra. de Gal, y el tercero, el Sr. Burés, que mató cuatro, y tiraba por la Vizcondesa de Fefñanes.

En la tirada definitiva se habían de matar trece pichones. Al comenzar esta segunda lucha la animación fué aún mayor. Entre los tiradores había gran entusiasmo.

Comenzó la tirada entre los cinco que en la anterior quedaron sin cero; pero erraron todos, y entraron en batalla los que tenían un cero. Entre ellos figuraba el Marqués de Villaviciosa de Asturias, que se muestra este año el tirador fuerte y acertado de siempre.

Se vió desde el primer momento que el gran tirador contaba con todas las probabilidades de ganar. En efecto, suyo fué el triunfo. Al terminar, matando diez y nueve pájaros, quedó proclamado campeón y fué objeto de una gran ovación.

Por segunda vez se inscribe hoy el nombre del Marqués de Villaviciosa en la copa. Además están inscritos en ésta el finado D. Luciano Ochoa, que en 1912 mató 19 de 20, y don Clemente Camino, de Sevilla, que en 1913 mató 22 de 24.

Gana además el triunfador una preciosa copa como recuerdo, 6.000 pesetas del premio, 6.322 del importe de las entradas y 10.395 de la subasta de escopetas. Total, 22.717 pesetas.

En segundo y tercer lugar quedaron los señores Conde de Torrubia, Marqués de la Scala y Bruguera, que se repartieron el importe de los dos premios.

Después se disputó una copa, regalada por las damas, á la que podían optar los que no ganaron premio en la tirada anterior.

Presenciaron la tirada S. M. la Reina, acompañada de su dama la Srta. de Heredia, y la Infanta D.^a Isabel con la Srta. Bertrán de Lis.

* * *

El tiro de pichón es uno de los deportes aristocráticos que más aficionados cuenta. Las sesiones de primavera que en esta época se celebran en la Real Casa de Campo, constituyen un gran atractivo para las señoras de la sociedad. Todas las tardes concurre buen número de damas conocidas; pero especialmente pueden considerarse como días de moda los de las grandes tiradas del Campeonato de España, gran premio de Madrid, premio del Rey y premio de la Sociedad.

La Sociedad del Tiro, que tan dignamente y tan á satisfacción de todos los socios preside el Conde de Maceda, atiende galantemente á las señoras. Prueba de esta galantería son los

frecuentes premios para señoras que se disputan después de las tiradas oficiales.

La gran tirada del Campeonato de España, ha sido, como siempre, la de mayor interés é importancia. Con S. M. el Rey, que no deja de tomar parte en ninguna tirada, y que es un admirable tirador, tomaron parte en la lucha, según hemos dicho, los más notables tiradores de Madrid, Barcelona, Sevilla, Valencia y demás Sociedades.

Esta vez el campeonato ha quedado á favor de los madrileños. En esta tirada alcanzó brillantemente el triunfo el Marqués de Villaviciosa de Asturias, uno de nuestros grandes tiradores, que ya había logrado otra vez inscribir su nombre en la copa del campeonato. La entusiasta ovación que se le hizo, al entregarle S. M. el Rey el premio, debió halagar extraordinariamente al notable tirador, por ser justo galardón á su destreza.

También fueron muy aplaudidos el Conde de Torrubia, el Marqués de la Scala y el señor Bruguera, que hicieron bonitas tiradas, y se repartieron los premios segundo y tercero.

Pocas veces ha ofrecido el Tiro de Pichón de la Casa de Campo aspecto tan brillante. Los tiradores, siguiendo la costumbre de estas sesiones importantes, almorzaron allí, como en los anteriores días.

El Duque de Tarancón, otro gran tirador asturiano, obsequió con un almuerzo á S. M. el Rey, sentándose también á la mesa las Marquesas de Atarfe y Ferrera, Condesa de los Villares, Vizcondesa de la Alborada y su hija, señora y senorita de Bermejillo, señora de Lombillo, Lolita Vilana, el Conde de los Villares, el Marqués de Ferrera y otros.



NOTICIAS

Legislación de caza, pesca y uso de armas. por el capitán de la Guardia Civil D. Agustín Alvarez Navarro. Tercera edición.

Esta obra, la más útil y completa de cuantas sobre estos asuntos se han publicado, que ha sido ampliada con el reglamento de 7 de Julio de 1911 para la aplicación de la ley de Pesca fluvial y otras varias disposiciones dictadas con posterioridad á la publicación de la segunda edición, y por la que ha sido recompensado su autor con la cruz de primera clase del Mérito Militar, contiene:

La ley de Caza, el reglamento para su ejecución y sentencias del Tribunal Supremo de Justicia, ley de pesca fluvial y disposiciones sobre uso de armas. Artículos del Código civil y de la ley del Timbre relativos á estos asuntos y modo de recurrir en apelación de las sentencias contrarias á la ley. Precio de la obra 1,50 pesetas.

De venta en la Administración de esta revista.

Imprenta de Jaime Ratés, plaza de San Javier, 6,